

Cálmese quien pueda

Diana Regueira Gómez

Relatos



Ediciones Frenéticxs Danzantes
Colección Los manjares de Afrodítx

Cálmese quien pueda

Diana Regueira Gómez

Ediciones Frenéticxs Danzantes

Colección Los manjares de Afrodítix

@edicionesfreneticxs

Hecho a mano en taller propio

Primera edición

Julio de 2023

Esto que estás por leer fue seleccionado a partir de convocatoria abierta y descubierto como un manjar. Así que si lo tenés en tus manos, entregate y disfrutá del banquete.

Este libro cuenta con licencia Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada CC BY-NC-ND



Cálmese quien pueda

Diana Regueira Gómez

Relatos



Degeneración en generación

Durante mi embarazo me hice lesbiana. Sí. Cuanto más grande la panza más me gustaban las mujeres. Al principio me confundía porque empecé a pensar en culos femeniles sólo mientras viajaba en colectivo. Como me daban el asiento, casi siempre el primero, no podía otear demasiado, pero mujer que se paraba de espaldas frente al aparatito que lee la SUBE, me dejaba a entera disposición su contracara. Entonces me imaginaba pasándole la lengua apenas por la línea de puntos en que se aplastan un poco nalga con nalga. Me preocupaba. Pero más me excitaba y entonces sentía algo así como una contracción que me ponía la panza toda dura.

Las siestas cada vez más largas y menos activas eran una tortura de fantasías lésbicas. Yo apretando pezones, yo mordiendo entrepiernas, yo cabalgando como una ballena en celo las aguas de una mujer. Yo volviéndome loca de calentura y más tímida que nunca, más recatada que nunca en los encuentros verdaderos con mi pareja. Yo tironeada entre la actividad mental que me ardía el cuerpo, y el cuerpo quieto, con muy pocas posibilidades de movimiento, lo que me ardía el cerebro. Se había erotizado la mitad del mundo para mí. Cada mujer era la posibilidad de un viaje distinto hacia un orgasmo seguro. Y yo estaba confinada en una materialidad deseante pero no ejecutante.

¿Qué hubiera pensado cualquiera de aquellas mujeres a las que lamí minuciosamente en mis ganas, si cuando se sentaba al lado mío y me decía: “¡Qué linda panza!, ¿quieres que te ayude a bajar?, ¿de cuánto estás?, ¿ya sabes qué es?, ¿cómo se va a llamar?”; yo le hubiera respondido: “¡Qué lindo culo!, ¿quieres que te acompañe a tu departamento?, ¿cuándo estarás?, ¿ya sabes que me gustás mucho? ¿cómo quieres que te diga?” O cuando tímidamente me decían “Permiiiiiso” para tocarme la panza, con esas manos lindas de uñas francesitas... qué ganas de agarrarlas y simplemente guiarlas más abajo hasta donde yo no llegaba por la enorme y nueva curvatura, para decirles: “Ahí, ahí, que me pica, con tus uñitas, linda, con tus uñitas”.

Confundida o no, no podía parar. Dormida y despierta un cortejo de mujeres simples vivían en mi deseo, complaciéndolo. Y yo sirena de Botero, ágil y experta como nunca. Conocedora, intuitiva, dominante, pródiga, única en mi especie. Enorme araña atrapadora de mosquitas tornasoladas de patitas frágiles pero demasiado rápidas. Mmmmmhhhh.

Cuando se acercaban a preguntarme por todo lo que era transitorio en mi cuerpo, yo les ponía mis nuevas y redondas tetas debajo de los ojos y les susurraba: “¡Ay! ¡Es tan raro esto de que te cambie el cuerpo! ¡No terminás de acostumbrarte y ya estás lacia como antes y fofa como nunca!” Y las hacía reír, y ese cotorreo alegre me daba ganas de pellizcarles los cachetes y

murmurarles: “¿Querés que te muestre? Tengo la piel lisita que es una maravilla. Viste que todo lo que se agranda queda terso... ni te imaginás cómo tengo los glúteos...”

Pero enmudecí. Siempre enmudecí y puse cara de Mona Lisa con náuseas, y no les toqué un pelo por miedo a prenderme fuego.

Celebro igual ese gozo lesbiano que una sola vez en toda esta rara vida -antes de la panza y después de ella- me hizo sentir plenamente libre, esquivando autos entre los flashes sonoros de una avenida, tomada de la mano de la mujer que amé.

La luz no pasa por las paredes gruesas*

Me besa la raíz, quiere dejar de pensar o de sentir. Ronroneo y le comento que el lugar es más que recomendable. Entra y sale con tibieza, de a ratos me ahoga... Es su primera vez, pero yo que ya tengo tres anteriores, puedo hablarle del tema con conocimiento... Le aclaro las dudas. Adivino la humedad un poco ácida de su pubis. Le digo que no se deje maltratar por nadie. Me muerde y me duele. Siempre me duele. Su lengua no logra callarme esta vez. Le anticipo asuntos desagradables a los que va a tener

que enfrentarse. Gime y resuelvo acompañarla. Sin preguntarle. Sin preguntarme, sus dedos me sacan de mí. Me reversionan. Quiero explicarle que tiene “el derecho”, por lo que va a pagar, de ir acompañada (yo yo yo) y que no se quede con inquietudes por ignorancia o con la opacidad esa de la incertidumbre. Me mareo con palabras que no pide. Sus dedos lentos me hacen confundir... Entro y salgo pero quisiera quedarme, si no para siempre, para toda la tarde, mientras tal vez llueve y la gente tal vez necesita dinero o afecto. Pero no aguanto más y grito, y sonrío. Boca abajo es más suave. Van a estar todos ellos -que se los recomiendo- y yo para que llegue al momento lo más tranquila posible. Boca abajo es un río de estrellas a pila... Quiero

saber si tiene todo preparado, pero le digo ¿estás lista? y me dice que sí. Voy con mi boca sorbiendo sus urgencias. Voy yo con vos, le digo. Me dice NO, ya tengo a alguien. Quiero saber QUIÉN es, pero achina imposible los ojos y entiendo: ese chabón. Toda su piel, sus ojos, su baba en mí. Ya nos vestimos.

Pensalo bien, le digo. Que no me importa que se haya acostado con él, le digo. Que aborte esa historia y no al crío, y ahora sí entorpezco todo. Y que si quiere, le digo, podemos criar juntas al bebé. “Como dos mamás”, le digo. Pero, me da un beso en la mejilla y cierra la puerta.

** La frase del título está tomada de un poema de Ricardo Carreira, del libro Poemas.*

El pulpo

Me mira como el del meme ese que dice “estupefactado”. Sé que puede sonar raro. Tengo ataques de pánico. Los sufro periódicamente. No hay remedio. Siento que voy a morir. Y es doblemente aterrador tener a veces la certeza de que voy a morir porque, para peor de lo peor, me voy a matar. Como si en la serie de mi vida hubiera que descubrir a la asesina y la asesina es la misma protagonista y a la vez, en reflejo perverso, es su única víctima. Le cuento esto y agrego, realmente devastada y flaca hasta el espanto: “No puedo morir sin haber hecho un trío”. Se ríe mi amigo.

“Haceme la segunda”, le digo. Parece gracioso pero no lo es. Se ríe y me dice “Bueno”.

Por estos días, hacer un trío antes de morir me preocupa más que las circunstancias. Las mías y las otras, las coyunturales... las sociales y económicas... las de la geopolítica.

Nos citamos en un bar con una piba que conocí en Happn o en OkCupid. Somos tres fantasmas muertos (claro) pero de vergüenza. ¿Cómo alguien llega a la cama con otrxs sin sufrir antes una serie infinita de trámites dilatorios?

Hablando de dilatorio, ella dijo “La cola, no... es lo único”. Me da igual. Se trata de morir pronto y más pronto

aún satisfacer este capricho de necesidad y urgencia. Pienso. Hace mucho Gerardo me contó que su debut sexual había sido en un trío y que entonces creyó que las cosas eran así de simples y multitudinarias, una vez llegada la adultez. Error. Nunca más había logrado repetirlo.

Pedimos tragos, trato de que entren en confianza, de que se gusten. Saco charlas random intentando caer simpática. Mi amigo, que me conoce hace quince años, se sonríe y me toca la pierna como diciendo *calmate*, pero no me calmo nada... No me queda claro si quieren lo mismo que yo o solidariamente me siguen el juego. La piba nos cuenta cualquier cosa con cierta sensualidad hipercliché, pero insisto, me da igual. Tal vez es linda... desconfío de todas

mis percepciones, así que trato de confirmar alguna cuando se levanta para ir al baño y abro los ojos más grandes de los que ya los tengo y pongo cara de tortuga psiquiátrica con las cejas altísimas en dirección a mi amigo. “Tranqui”, me dice. “Vos, tranqui”. No entiendo. Iría al baño ya a besuquearle las tetas y a convencerla de que entremos a un telo los tres dentro de un rato... que no quede para otro día. Iría ya y le abriría la puerta en el momento justo en el que se está levantando la bombacha y la puerta y yo y ese reducto ínfimo de los baños de bar y un inodoro usado y mi boca y su boca y una acrobacia ineficaz para no contraer sífilis ni gonorrea. *HPV*, me corrijo. Me bajo de esas tarimas altas de bar que incomodan más de lo que sirven, para

ir ya a su encuentro, pero ella ya está volviendo. “Activá vos”, le digo a mi amigo. “Dale, activá”. Me mira. *Tranqui.*

Ahora se levanta él para ir al baño. Es mi turno de chequear si ella está a gusto y en qué porcentaje se ajusta al personaje que armó para la charla virtual en Happn... Habla relajadamente de cosas simples... el laburo, un ex, viajes que impactan mi cerebro menos que una fecha patria. Levanto las cejas con los ojos muy abiertos (mismo gesto que antes). Necesito saber. Se sonríe y me devuelve el gesto, llevando los ojos y las cejas a un extremo de apertura que me impresiona. Realmente. Elijo reírme para no desentonar. Pedimos otro trago. Voy a besarla en breve y él

también y será como romper una marca personal. Salir de esta zona de discomfort aborigen. Un cuerpo y otro y otro más, y ver, con el zoom analógico de la presencia plena, esa verdad que es pura edición y pornopantalla para lxs vírgenes de tríos.

Vuelve mi amigo. Todxs sonreímos como por un encantamiento hecho de alcohol y necesidad de agradar. No sé bien por qué ella nos agarra una mano a cada unx por encima de la mesa. Lo que dice ahora no tiene nada que ver con ese gesto. Pero bueno, si es necesario confraternizar así, no voy a oponerme. Nos aprieta las manos y nos dice de irnos. *¿Tan rápido?*, pienso. *¿Ahora... Ya?*

Un subidón de adrenalina me viborea las piernas. *Todxs sonreímos*, me repito. Él dice “Bueno”. Ella “Vamos a mi casa”. Siento un hormigueo raro que me recorre la cara en oleadas. Voy caminando como quien sigue un guion. El guion dice *Camina sin entender hacia dónde. Camina sin comprender de qué hablan*. Ella avanza en el medio de nosotrxs un poco colgada de ambxs. En mi guion no sé si está borracha o finge un mareo atrevido para tocarnos. “Falta poco”, nos adelanta, y entonces sí, ya mi conciencia flota a unos centímetros de mi cabeza, veo mi cuerpo como el cuero de un tambor que sube la apuesta de su gong con cada paso. Palpito un entumecimiento repentino que ellxs no ven. Quiero esquivar el guadañazo de la muerte que no para de banderillarme el

camino. Me agacho y me abrazo el timo, ahogada y confusa, sabiendo que se va todo al re carajo.

“Pedí una ambulancia”, grita ella, “¡Dale!”. “Bueno”, dice él. Me pasa la mano por la espalda y me repite suave “Tranqui... tranqui...”.

Mi hermana me acaricia, incómoda y trasnochada, en el bamboleo que nos lleva hasta una guardia. Todo es ruido y trabazón. Si no morir dependiera de la velocidad con la que avanzamos, esta sería la última derrota de mi colección.

“Qué linda pareja hacen”, me dice. “¿Quiénes?”, le pregunto más con los ojos que con la voz. “Tu amigo y ella”, y pone cara de *obviamente*. “No

son pareja”, le aclaro. “¿Ah, no? Los vi besarse cuando arrancó la ambulancia”, y me sonrío pilla pero con lástima. “Tranqui”, me dice. “Vos tranqui... tratá de dormir... dale, que esto viene para largo”.

Diana M. Regueira Gómez

*Nacida en plena dictadura. Huella horrible
si las hay.*

Profe de Legua y Literatura.

Actriz.

Madre.

Nostálgica del mundo que fue.

Amorosa amante del universo vegetal.

Buscadora de quintas patas de todo gato.

Deseosa de viajes y poesía.

Escéptica por diversión.



Se terminó de imprimir en algún
momento de la historia en el Taller
de Ediciones Frenéticxs Danzantes